



Vivo orgullosa de ser **MAESTRA**

Por MILDRED DE LA TORRE MOLINA

Fotos: ESTHER JULIETA PARDILLO

-Tú pudiste vivir, por no decir disfrutar, plenamente la etapa de los años 50 como estudiante universitaria y docente. El final de la República marcó, en muchos aspectos, a varias generaciones de cubanos. ¿Cómo influyó en tu futuro profesional el quehacer intelectual de entonces y qué queda

de él en ti? ¿Hay nostalgias o añoranzas por algo en particular?

-Puedo afirmar que más que la Universidad, el Instituto de Segunda Enseñanza de la Víbora, considerado en su tiempo el mejor de La Habana, sentó pautas en mí en lo referente a superación, vida cultural, ética profesional, el quehacer pedagógico, etc. Tuve la dicha de contar entre mis profesores con Fernando Portuondo, Leví Marrero, Carmen Peláez, Asunción Lancís, Mercedes González, entre otros, que me inculcaron el amor hacia los libros, la inquietud por la investigación, el interés por la historia y por la literatura.

En el Instituto tuve la oportunidad de pertenecer al grupo de teatro CADIV, que quería decir Centro de Artes Dramáticas del Instituto de la Víbora, creado por Mercedes González con el asesoramiento de Luis Manuel Martínez Casado, y montamos numerosas obras de grandes autores del teatro universal: Ibsen, Calderón, García Lorca, La Avellaneda, Cervantes, Chejov. También asistí a un curso de apreciación musical y a otros de carácter mo-

nográfico sobre las obras de Cervantes y Andrés Bello; todo esto, por supuesto, extracurricular.

La Universidad en principio me defraudó un tanto, debido a que el Instituto me había entregado mucho en todos los sentidos. Paulatinamente hicieron su entrada en mi vida algunas personalidades que por uno u otro motivo me marcaron para siempre: Blanca Dopico, Manuel Bisbé, Vicentina Antuña, Luis de Soto, Herminio Portell Vilá, Rosario Novoa, Jorge Mañach, Roberto Agramonte, Raimundo Lazo y Elías Entralgo. Cada uno de estos profesores tenía su propio método de trabajo. Había un abismo entre las clases de Raimundo Lazo y las de Portell Vilá, por poner un ejemplo; en tanto el primero era bastante pausado, dado a la síntesis, el segundo era hiperdinámico, polémico; pero ambos tenían en común una sólida cultura que transmitían eficazmente a los alumnos y gozaban del respeto de todos nosotros. Se podía discrepar en cuanto a la forma de proyectarse unos u otros en la vida política del país, en la metodología empleada por algunos, que no siempre merecían elogios. Podían ser o no carismáticos, pero aquellos que he citado anteriormente merecían nuestro reconocimiento en tanto no sólo poseían los contenidos necesarios, y más allá de los necesarios, en lo que era su asignatura, dominaban lógicamente la misma, sino que además eran personalidades de la cultura cubana. Si no hubiera sido por ellos no habría estado preparada para formar a docenas de profesores en los cursos convocados por el Instituto de Superación Educacional en la década del sesenta, ni tampoco habría podido

Carmen Almodóvar arribó recientemente a su cumpleaños 80. Destacada intelectual de la docencia y la investigación historiográfica, constituye una emblemática personalidad de la cultura cubana. Su obra ha sido reconocida por numerosas instituciones académicas dentro y fuera del país, no sólo por sus valores científicos, sino también por sus méritos éticos y morales. Su labor, más allá del aula, de los talleres y tertulias, ha contribuido a movilizar conciencias a favor del perfeccionamiento humano. Es una constante hacedora del bien común, de la conjunción de fuerzas para hacer mejor el mundo en que vivimos. Es una luchadora por el engrandecimiento de la espiritualidad.

En su hogar, junto a su hija María del Carmen Batlle, donde tantas veces, a lo largo de más de 40 años, me mostró caminos sabios, nobles y justos, ahora conversa sobre su intensa vida creadora. Una vez más deposita su fe en el futuro de la nación cubana. Una vez más nos entrega su amor.

aceptar la inspección provincial, primero en Camagüey y luego en La Habana, en las áreas de Ciencias Sociales, Historia y Plenos Estudiantiles.

En la Universidad durante los años a que hago referencia -fines del 40 y principios del 50- coincidí con un grupo de compañeros que cursaron conmigo los estudios, entre los que puedo citar a Martha Terry, Fernández Retamar, María Elena Jubriás, Amalia Rodríguez, María Regla Zayas, Encarnación Rodríguez Pastor, Florita Merconchini, José Sergio Velázquez y Yara González.

Profesores y condiscípulos formaron parte de mi radio de acción durante unos años bastante convulsos en la vida de la nación. Muchos de los que me formaron y de los que estudiaron conmigo en la casa de altos estudios pronto emigraron hacia otras tierras; otros quedaron y han contribuido a impulsar la cultura del país. Cuando recuerdo esa época, 48-52, hay nostalgia, pero por la añorada juventud, por esa edad de sueños que se va para nunca volver. Por lo demás, existe el recuerdo imborrable de una época de forja de lo que sería mi futuro como profesional.

-Tú, maestra por excelencia de varias generaciones, ¿puedes definir alguna en particular que haya contribuido decisivamente a tu perfeccionamiento profesional? Todo buen maestro se nutre de sus discípulos, por eso hago la pregunta.

-Considero que los grupos de alumnas Makarenko que tuve en la década del 60 en el Instituto Pedagógico Enrique José Varona pusieron a prueba mi capacidad como pedagoga. El primer curso para trabajadores de la Facultad Obrero Campesina de la Universidad de La Habana, donde asistían alumnos mucho mayores que yo, que habían interrumpido sus estudios décadas atrás, me obligaron a buscar nuevos recursos metodológicos, interrelacionar adecuadamente pasado y presente, análisis y síntesis. Por las características de aquel estudiantado en su mayoría dirigente me sentí obligada a superarme en el orden político-ideológico, y agradezco profundamente a Gaspar García Galló y a otros especialistas sus conferencias

y orientaciones. Ahora bien, la generación de alumnos que siempre estarán presentes en ese nuevo quehacer, el de la historia de la historiografía cubana, que me apoya no sólo en las fórmulas que introduzco para evaluar la asignatura, sino en las actividades extracurriculares, así como en momentos difíciles de mi vida familiar que coinciden en el tiempo, es la de los alumnos que algunos reconocen hoy como “los chicos Almodóvar”. Ellos me acompañaron durante 10 años, 1993-2003, en el taller que nació al calor del Salón de los Mártires, *Las ciencias sociales a debate*, con el visto bueno de la Rectoría, que apoyó el empeño.

Me han dado grandes satisfacciones, se les reconoce por su excelente quehacer dentro y fuera del país y lógicamente han superado las expectativas y los objetivos perseguidos en el Taller.

-Al margen de una respuesta académica, pues de ti pueden esperarse varias o muchas, ¿qué es para ti la espiritualidad? ¿Te preocupa su desenvolvimiento actual? ¿Cómo podemos andar mejor en ese terreno, esencial para muchos?

Considero que los filósofos han transitado y aún transitan por ese terreno, que les lleva a indagar y reanalizar una y otra vez el pensamiento de Descartes, de Kant, de Locke, de Leibniz y de otros muchos que han fundamentado criterios acerca del espíritu, de la materia sutil... Nunca he pretendido sentar cátedra en estas cuestiones, pero sí estimo que todos debemos acercarnos y beber en ese manantial inagotable que es la *historia de la filosofía*, aunque sólo sea para conocernos mejor, darnos cuenta de lo poco que sabemos y reconocer la sabiduría socrática.

Dejando a un lado las disquisiciones filosóficas y tomando en consideración el mundo que nos rodea, cada vez más dado a priorizar “lo material” y restarle importancia a los valores espirituales, los problemas relacionados con la moral, la ética, la conciencia, entre otros, estimo que debemos preocuparnos por estas “ausencias” más que por el concepto en sí mismo, que puede ser tema para un animado debate.

A los efectos prácticos de la vida cotidiana, tanto la familia como la escuela deben aunar esfuerzos para ir al rescate de los valores perdidos. La solidaridad, la fraternidad, el respeto al derecho ajeno, la honradez, la lealtad, el amor al prójimo, siempre tienen que estar presentes en nuestras conciencias. Hay que predicar con un buen ejemplo; esa actitud nos ayuda a sortear mejor las numerosas espinas que encontramos a lo largo del camino de la vida. De esa manera podemos conducir “con buen pulso” a las nuevas generaciones para que éstas sean dignas sucesoras del legado martiano, que es un legado de amor y justicia social.

Yo no me creo con condiciones, porque no soy filósofa, para ofrecer un concepto bien claro, bien diáfano y con contenidos precisos de lo que es la espiritualidad. Sí creo que el ser humano necesita no solamente de las cuestiones que pueda palpar y ver, sino aquellas otras que son del espíritu, del alma, las que nos llenan toda una serie de espacios que los otros aspectos no pueden llenar en ningún momento de la vida, y creo sinceramente que un profesional, por muy materialista que sea desde el punto de vista de su manera de concebir la existencia, en todo aquello del ser y el pensar, etc., por muy materialista que sea, en un momento dado necesita pensar un poco qué hay dentro de él, cómo se siente, qué está pasando por su propia conciencia, cómo actúa diariamente en su vida, si está o no de acuerdo con lo que él dice y hace, si realmente obra por lo que le dicen y no por lo que él cree que debe realmente hacer, hasta qué punto es fiel a sí en principio, si es fiel a su familia y a su sociedad. Es decir, yo creo que hay una serie de cosas que tienen que ver con la espiritualidad, o que la llamen como quieran llamarla, pero que el ser humano no solamente vive de comer, de libros, de vestirse, de diversiones, o de penas... Hay otros aspectos que no he podido estudiar lo que debiera, porque no todo el mundo puede llegar a todas partes al mismo tiempo, no puede dedicarse a una rama del saber o simplemente a determinadas cuestiones, porque tú tienes en la vida no sólo metas que cumplir sino cuestiones de tu coti-

dianidad que te van envolviendo y otras que aparecen sin esperarlas y te van robando tiempo para aquellas que tú has dejado para mañana, el mes próximo. Pero sí digo, que un individuo que no se detiene un poco a pensar en quién es, qué hace, cómo vive, cómo actúa en relación con la moral, con la ética, con el bien, con el mal, con la justicia está empobrecido por dentro. Ello no se le puede pedir a un niño, pero a un adolescente se le debe encaminar para que tenga un poquito de criterio en cuanto a qué es lo que está bien y qué es lo que está mal, qué es lo correcto, qué es lo incorrecto, pero además no sólo porque se lo digan, sino porque él se interese y llegue también a conclusiones. Es decir, hay que enseñar al individuo a pensar, yo creo que esa es una de las cuestiones primarias, pensar y luego entonces tener conciencia de cómo se debe actuar.

-¿Por qué eres historiadora y no literata si demuestras tanta sensibilidad y vocación por el mundo artístico y literario?

- Las circunstancias, las coyunturas, la vida, en última instancia, va marcándonos la ruta a seguir. A los nueve años ya había escrito cuentos, una comedia, pequeñas biografías; a los once, gracias a una inolvidable pedagoga, Esther Noriega, que perteneció al primer secretariado nacional de la Federación de

Mujeres Cubanas, era hábil elaborando paráfrasis y seguía escribiendo novelas. Leía con una avidez insaciable, que incluía lo mismo el quehacer cervantino que la poética latinoamericana, Alfonsina Storni y Gabriela Mistral. Lo mismo me asombraba —entre los 11 y los 17 años— por los grandes literatos europeos, como Víctor Hugo, Ibsen, Tolstoi..., que me estremecía con la sensiblería de las comedias, lloraba con la “Canción de Cuna” de Martínez Sierra o me enfrentaba al *Cardenal*, de Linares Rivas, porque realmente no me gustaba en aquel momento cómo trataba a esa figura. Hay que tener en cuenta que en cada momento, en cada edad, uno piensa y siente de manera muy diferente, el *Cardenal* que yo leí en aquella época no es el *Cardenal* que puedo leer ahora. Por supuesto, también leí *Pepita Jiménez*, *Ave sin nido* y todas las novelas románticas que publicó Pérez y Pérez, a partir de *Muñequita*, que me encantó. En fin, la Universidad no me abrió el mundo literario, sólo lo amplió y completó.

El amor por la historia nace, fundamentalmente, a partir de mis polémicas, prácticamente diarias, con Fernando Portuondo, mi maestro de historia de Cuba —tenía 14 años solamente—. Terminó él por decir en el aula: ¿y hoy la señorita Almodóvar nada tiene que aducir? Porque es verdad que siempre estaba levantando la mano, preguntando

o disintiendo, me tomaba, pudiéramos decir, esa atribución muy tempranamente. Sembró en mí el afán por indagar en la vida y obra de los que crearon la nación cubana y orientó sistemáticamente la bibliografía que debía consultar. Mi primera publicación, martiana, fue el resultado del primer premio en el concurso del año 1945 en el Instituto de la Víbora, donde entre otros, concursaron Mario Martínez Sobrino, hoy destacado poeta, Julio Matas, que llegó a ser una gran figura dentro de lo que es el teatro cubano, Mercedes Belmonte, luego una gran matemática, Juan Giral, que era también un excelente alumno, inteligentísimo, y hasta quince muy buenos condiscípulos, yo diría que excelentes. Contribuyeron también a decidirme por la historia Leví Marrero, Calixto Masó, Hermínio Portell Vilá, Elías Entralgo, y muy especialmente Emilio Roig, quien me recibió en su oficina en la Plaza de la Catedral, en un entresuelo, y me regaló más de veinte obras que aún guardo, las atesoro, las que de hecho inician mi biblioteca histórica. Para mí fue, pudiéramos decir, como una revelación que aquel hombre, que era el Historiador de la ciudad de La Habana, me recibiera a mí, que era una chiquilla, me dedicara su tiempo, me regalara los libros y además me instara a que siguiera por el camino de la historia.

Elegir los estudios históricos no significó para nada alejarme de la literatura, ni de la música, ni de las artes plásticas, ni del ballet, ni de la danza. Para mí es una necesidad integrar todo en un haz lo más armónicamente posible. No concibo a un intelectual, o aspirante a tal, desvinculado de la poesía, de la novelística, del teatro, de la pintura... Me apena que hayan llegado algunos colegas a edades avanzadas sin disfrutar de las expresiones artísticas y que solamente sientan interés por el último libro publicado sobre su especialidad. José Antonio Portuondo, Juan Marinello, Fernando Ortiz, Emilio Roig, entre otros pilares de la vida intelectual cubana, han constituido grandes ejemplos en la anterior dirección, es decir, entre los que sí necesitaron del arte, de la música, de la pintura, para sentirse plenos. Agradezco a mis padres haber



canalizado mis inquietudes en el terreno de la música y las artes dramáticas. La música, en particular, ha sido mi inseparable compañera a lo largo de la vida, tanto en las horas felices como en las ingratas.

-Tu universo investigativo y científico denota tus profundas y cercanas raíces con España. ¿Puedes ahondar en esta peculiaridad? ¿Te sientes cubana-española o cubana simplemente?

Desde hace tres décadas incursiono habitualmente en el estudio de la historiografía cubana, tanto en la historia de la historiografía como en la crítica historiográfica, en lo concerniente a su evolución en el tiempo, la caracterización de una época, de un historiador, de una tendencia o de una corriente historiográfica que influye sobre un autor o autores en un determinado período. Al estudiar la historiografía nacional, necesariamente debía tomar en consideración algunos historiadores españoles, cuyo quehacer historiográfico está íntimamente vinculado al terreno de la historia de Cuba, tales como Pezuela, Pirala, La Sagra. Por otra parte, son muchos los autores españoles que han abordado el tema relativo al concepto de historiografía, y el de las grandes corrientes historiográficas de carácter universal. A ellos acudí, en primer término, para conocer los diferentes puntos de vista que se manejaban sobre el tema en la segunda mitad del siglo xx y luego contrastar esos criterios con los de otros historiadores franceses, alemanes, norteamericanos y latinoamericanos. Por supuesto, también acudí a lo poco que había publicado Funtanella, a la obra de José Manuel Pérez Cabrera y a otros muchos. Posteriormente he acudido a otros historiadores contemporáneos que se dedican a esa línea, entre ellos a Elena Hernández Sandoica, que es la que puntea en ese sentido en España.

Hace tres años publiqué en Madrid *Presencia de Cuba en la historiografía española actual*, donde se analiza la contribución de esa historiografía al tema cubano y se destacan los autores que, a mi juicio, han dejado una huella más profunda en ese quehacer en los

últimos tiempos, como Consuelo Naranjo, J.A. Piqueras, J. Maluquer de Motes, Miguel Ángel Puig-Samper, Elena Hernández Sandoica, Inés Roldán, entre otros.

Tanto las universidades de Oviedo, la Autónoma de Madrid, la Central de Barcelona, la de Santiago de Compostela, la de Castellón de la Plana, la de Valladolid, la Complutense, la de León, etc., así como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de Madrid y Santiago de Compostela, han acogido siempre con respeto y consideración mi labor profesional. En esos centros he expuesto mis criterios sobre temas relativos a la historiografía nacional, así como los relacionados con la educación y la cultura cubanas. También me han dado la oportunidad de publicar algunos trabajos. Agradezco en particular a la Universidad de Oviedo la oportunidad de dar a conocer en España, en 1998, el *Diario de Campaña* de Máximo Gómez. Lo publiqué con un amplio estudio preliminar de mi autoría, donde se analizan los textos de Gómez y lo que sobre él se había publicado hasta esa fecha.

Mildred, tanto tú como gran parte de la comunidad cubana y española de historiadores conocen que nací en Cuba por casualidad, ya que mis padres no pretendían quedarse en la Isla; sólo habían venido de paso, un tanto como turistas. Mi padre, Francisco Javier Almodóvar —pedagogo, filósofo, periodista—, no vino como la mayoría a “hacer la América”, sino a conocerla... y en esos trajines nací yo. Mis padres se separaron, regresé a España con mi madre, conocí a la familia de ambos, y volví a Cuba huyendo de la Guerra Civil. Mi madre volvió a casarse, esta vez con un médico y farmacéutico gallego, Antonio Rodríguez Novoa, mi mentor. Mis padres viabilizaron mi amor por Cuba, mi patria. También me enseñaron a respetar a España, su suelo natal y el de toda mi familia, por partida triple. Mis maestros, de los que ya he hablado, cumplieron exitosamente sus objetivos, entre ellos, enseñarme el amor a Cuba, a mi patria. Y sobre esto no hay que preguntarme, mi actuación dentro y fuera del aula habla por mí.

-Tú, gran estudiosa de la historiografía cubana y española, hasta el punto de sentar cátedra en esa difícil y mal tratada especialidad, ¿cómo aprecias la marcha actual de la historiografía y cómo vislumbras su futuro?, ¿qué consejos das al respecto?

-En Cuba creo que se han abierto nuevas líneas temáticas de investigación, en las que incursionan con acierto los “chicos Almodóvar”, que ya no son tan jóvenes. Pienso que Mercedes García, Reynaldo Funes, Julio César González, Yoel Cordoví, Marial Iglesias, Rolando Misas, Ricardo Quiza, María Victoria Guevara, Yoana Hernández, Oilda Hevia, Yolanda Díaz, Jorge Ibarra Guitart, entre otros jóvenes valores, han dado muestras de un excelente quehacer en el terreno de la historia económica, el medio ambiente, los estudios de género, las guerras de independencia, la educación, la cultura, los imaginarios, la problemática racial...

Asimismo, han llegado a la madurez algunos historiadores que se abrían paso en la historiografía cubana desde los años 70, como Ramón de Armas, Olga Portuondo, Jorge Ibarra, María del Carmen Barcia, Eduardo Torres Cuevas, Oscar Zanetti, Gloria García, Mildred de la Torre, Diana Abad, Pedro Pablo Rodríguez, Ibrahim Hidalgo, Pedro M. Pruna, Rolando García, Mercedes Valero, José Abréu, Víctor Marrero, Alejandro García, Josefina Suárez, Salvador Morales, Francisco Pérez Guzmán, Elda Cento, Gustavo Placer y otros muchos. Aunque la mayoría ha recibido una preparación básica similar en el orden académico, en la praxis han incorporado experiencias de diversa índole —tomando en cuenta las estancias en instituciones españolas, francesas, norteamericanas, etc.—, lo que se advierte en sus resultados investigativos, que presentan, en cada caso, su propio sello distintivo que puede o no acercarlos. Tú sabes bien que, por ejemplo, no es lo mismo cómo Gloria, tú o Pérez Guzmán han visto la historia, o el propio Placer, en la última década, y como la han visto Zanetti o Carmen Barcia en algunos aspectos, y estoy hablando no sólo de lo publicado acá. Hay quien ha tenido toda una serie de oportunidades, de encuentros y desencuentros,

de ir a cursos de superación en tales o más cuales lugares, etc., que todo eso, indiscutiblemente, foguea también a la gente, esa es una gran verdad. No es lo mismo una persona que tiene la oportunidad de recibir y tener en su biblioteca particular lo último que se publica en Estados Unidos, Inglaterra, España, Puerto Rico, México, que el que en su casa no tiene nada y tiene que estar deambulando a ver por dónde van los vientos. Porque mucho de lo que se envía a la Biblioteca Nacional y a la Universidad jamás llega a las estanterías, es decir, a los usuarios.. Hay unos pocos que tienen unas tremendas bibliotecas actualizadas que sí, lógicamente, les es fácil decir cosas o decir qué dice fulano, mengano, zutano, y contrapuntear, y hay quien tiene que volverse loco para empezar a pensar. Y esa, sobre todo, es mi reflexión a partir de mi experiencia. Este es un camino muy árido. En sentido general, estimo que la historiografía cubana goza de buena salud, en tanto los historiadores cada día se alejan más de los temas manidos y se imponen llenar los vacíos historiográficos. ¿Qué nos falta? Un poco más de modestia, usar más las comillas, dar crédito al que nos brinda información, reconocer los valores de otros colegas, de antes y de ahora, en fin, más ética profesional.

-¿Te angustia o preocupa la educación en Cuba en la actualidad y la enseñanza de la historia en particular?

-La educación ha transitado por diversos momentos, unos con más éxito que otros. La alfabetización, el seguimiento, el perfeccionamiento a través de los cursos del Instituto de Superación Educativa (ISE), la fundación de las Facultades Obreras, los cursos para trabajadores, la creación del Instituto Superior de Arte, las nuevas sedes universitarias a lo largo del territorio nacional, la nueva concepción de la enseñanza a partir de los años 60, la labor desplegada por los metodólogos en las aulas, los concursos de monitores y de asignaturas, la puesta en marcha de las escuelas vocacionales, entre otros, son logros indiscutibles de la política educativa cubana en los últimos 50 años.

Ahora bien, la masividad entrañaba un reto muy difícil de vencer. Ser maestro, en el pleno concepto de la palabra, no es tarea fácil. Ya lo han afirmado, desde Luz y Caballero hasta el presente, muchos reconocidos educadores, y lo reitero. Hay que tener vocación, de lo contrario en el aula lo que hay es una “caricatura” de maestro, que en el mejor de los casos puede informar, pero jamás formar a nadie.

A veces se ha logrado que una ama de casa, estudiando y superándose, se convierta en una excelente profesora, doy fe de múltiples ejemplos en los años 60 y 70; después ha sido más difícil encontrar un buen relevo, pese a todos los esfuerzos que se han realizado al respecto.

Debe imponerse la calidad, hay que elevar la exigencia y tiene que empezar por exigirse a todos los niveles. Si un director de escuela carece de maestría pedagógica y no tiene experiencia como profesor de alto rendimiento, difícilmente puede evaluar convenientemente a su alumnado y por ende orientarlo o servirle de ejemplo. Si un metodólogo no demuestra fehacientemente que domina la materia que controla, tanto en el orden de los contenidos como desde el ángulo pedagógico o metodológico, no puede cumplir cabalmente los objetivos que se persiguen con las visitas de inspección o control. En fin, la base del éxito está en la preparación efectiva del profesorado, que conduce a una formación idónea del alumnado. Para exigir calidad en el educando hay que brindar clases de excelencia. Confío en que los pasos que se están dando en estos momentos, en todos los niveles de enseñanza, reverdezcan los laureles de la educación en Cuba, entre ellos el de la enseñanza de la historia nacional.

-Hablando de intimidades, ¿cuáles son tus mayores regocijos personales?, ¿te sientes que sigues andando por la vida de la gente y de tus más amados seres humanos?

-Ante todo, haber podido ser madre y abuela. A mi hija la quiero ante todo porque es mi hija, además no puedo pedir más realmente a la vida, es

una excelente profesional y una amiga, quizás demasiado absorbente, pero sé que me quiere y admira. En segundo término, vivo orgullosa de haber sido y seguir siendo maestra, no profesora, “maestra”. Los éxitos de mis alumnos los siento “míos” y me abrogo el derecho de haber contribuido, de cierta manera, a los mismos. Me alegra infinitamente mirar hacia atrás y saber que he “vivido”, no solamente he dejado correr los años, sino que los he disfrutado con intensidad. Me he caracterizado por ser combativa, lo sigo siendo, he sido rebelde, pero con causa; combato lo que considero que nos daña, que nos frena, pero lo hago de frente, constructivamente, como yo entiendo que debe hacerlo el que ha entregado los mejores años de su vida al país que me ha visto nacer, a mi patria, a la Revolución.

El otro día dijo Julio César González que a mí se me quiere o se me odia, no hay términos medios. Aún así, pienso que voy a seguir andando por la vida, inmiscuyéndome en los problemas de la educación y de la cultura general del país.

-A la altura de tus 80 años, bien y hermosamente vividos ¿qué le dices al mundo, a tu país y a todos los que tenemos la suerte de quererte siempre?

-Hagan bien y no miren a quien. Trabajen, luchen, prediquen con el ejemplo, sean auténticos aunque los critiquen; no hagan suyos, sin analizar profundamente, los criterios de otros; huyan a la autosuficiencia, no se crean eruditos sin serlo; piensen siempre que hasta un analfabeto, en un momento dado, puede enseñarles algo útil en la vida; sean éticos y leales a los principios martianos, representen dignamente a Cuba donde quiera que vayan y traten de estar en paz con sus conciencias.

